

La obra de Norbert Elias: aportes para una sociología histórica. Por Andrés Felipe Pabón.

Norbert Elias, autor alemán nacido en 1897 y fallecido en 1990, bien puede ser reconocido como importante eslabón de la denominada sociología histórica. Él mismo se vio como fundador de una corriente que se incluye dentro de la tradición evolucionista de Comte, Darwin y Marx (Bejár 16). Hablar de Norbert Elias es mencionar a un autor que puede verse como el particular portador de una “voluntad innovadora conceptual” que lo llevó a trabajar, en medio de arduas dificultades, en la elaboración de su principal obra: *El proceso de la civilización* (escrito entre 1935 y 1938, pero solo traducido del alemán al finalizar la década de 1960). Gran parte de las críticas recibidas por la obra de este autor se deben precisamente al carácter innovador de su trabajo y a su afán por desmitificar las formas de pensar la sociedad dentro del requerimiento de librarse de la ideología “tanto del dinamismo histórico marxista como del conservadurismo del estructural-funcionalismo” (Bejár 26). No obstante, hoy en día, y a pesar de la distinción de su nombre, el estudio de la obra de Elías continúa siendo un tanto reducido y marginal dentro del espectro académico latinoamericano, posiblemente a causa de la incomodidad que significa tanto para historiadores como para sociólogos en atención a su pretensión transdisciplinar, y a la complejidad (y necesidad) que comprende el abandono de ciertos parámetros naturalizados para pensar tanto la individualidad como la sociedad, como fundamento de lo que puede denominarse desde ya una perspectiva eliasiana. Igualmente, esta marginalidad se consume tras una concepción del aporte de Elías a la ciencia social reducido a su libro sobre el proceso civilizatorio, dejando de lado que este importante texto es parte de un trabajo sistemático y complementario que configura de forma interdependiente lo que podría denominarse como una obra científica, en la más amplia acepción del término, postulada en sus varios libros. Son estos, precisamente, los aspectos de la obra del autor que ahora pretenden presentarse.

Un primer acercamiento a la importancia de la obra de Elias debe establecerse en torno a su preocupación por re-vincular, en pro del beneficio de la ciencia social en general, la sociolo-

gía y la historia. Según su punto de vista, el trabajo del historiador suele adolecer de un aparato conceptual suficiente que respalde la labor empírica, aclarando y precisando sus resultados. Asimismo, los estudios sociológicos tampoco se hacen siempre extensivos a las particularidades históricas. “Surge así una historia teóricamente anémica de la mano de una sociología empíricamente inespecífica e indiferente a la dinámica social” (Ramos 29). La propuesta de Elias enfoca una aproximación entre la sociología y la ciencia histórica, en la cual no se pretenden diluir los niveles de especialización de cada disciplina, sino coordinarlas de manera efectiva frente a la necesidad de explicar la transformación social. La obra de este autor trasluce fundamentales críticas a la historiografía tradicional, definiéndola como un discurso meramente narrativo y descriptivo que adolece de un aparataje explicativo que lo haga aprehensible. Igualmente, la acusa de enmarcarse en el énfasis de aspectos típicos y llamativos, con lo cual se olvida la relación de lo particular con su contexto característico. Finalmente, la crítica al historicismo pasa por reprochar su predilección por adentrarse en el examen de cortas temporalidades, lo que impide descubrir los procesos de desarrollo social como clave de las grandes transformaciones históricas.¹

Por su parte, los argumentos en contra del alejamiento de la sociología del uso de bases históricas pueden exponerse bajo dos acápites principales. Por un lado, se acusa a la sociología de prohiar un ahistoricismo temático, que se fundamenta en la falta de interés sociológico por el análisis de hechos, procesos o, en general, épocas pretéritas, espacio que es llenado por el estudio de situaciones netamente de actualidad. A esta falta de interés por los temas históricos también se le suma un tratamiento totalmente inadecuado de los procesos de cambio y transformación. Así, no sólo se pierde la oportunidad de realizar un examen comparativo entre coyunturas pasadas y presentes, lo que enriquecería el entendimiento del contexto actual, sino que se olvida que la sociedad del presente conserva en algún nivel el rasgo característico de un surgimiento que se encarna en el pasado. Paralelamente, existiría dentro de la sociología un ahistoricismo sustantivo, que se explica como la ausencia de categorías conceptuales aplicables a situaciones del devenir

¹ La crítica que pesa sobre Elias en este punto particular no carece del todo de razón cuando afirma que el autor desconoce el trabajo científico de los historiadores que le son contemporáneos, y que sus argumentos están dirigidos hacia una ciencia histórica decimonónica que para ese entonces ya mostraba su convalecencia.

histórico y los procesos dinámicos que lo constituyen. Aquí la crítica se dirige hacia la sociología hegemónica en su entendimiento necesariamente estático de la sociedad, en beneficio del mantenimiento de un equilibrio funcional, en el cual, los cambios no pasan de ser eventualidades espasmódicas y excepcionales (Ramos 35).

La salida eliasiana a aquel entendimiento hegemónico de la sociología se estructura con base en una sociología de carácter evolutivo o procesual. Encontramos entonces el gran aporte de Elias en el concepto de lo “figuracional”, entendiendo figuración como “un entramado dinámico de interdependencias sociales” (Ramos 39). Una definición simple, como la anteriormente propuesta, requiere sin embargo desglosar los aspectos fundamentales del concepto sociológico de figuración. En primer lugar se reconoce el carácter dinámico de la red social, con lo cual se contradice de entrada una concepción estática de la sociedad. La atención debe centrarse en los procesos de transformación social como situación realmente analizable. A su vez, al atribuir en el fenómeno social el carácter de entramado se debate la visión dicotómica que polariza la concepción entre individuo y sociedad, moviendo el foco de interés que ya no reposa en los sujetos, sino que se traslada a las relaciones que los unen e integran. No es posible delimitar la determinación interna del individuo en torno a la influencia social de su contexto, sino que aparece este aspecto como un complejo nudo de relación que configura el ser como sujeto histórico. Este nudo de relaciones nos dirige a la tercera parte del concepto: la interdependencia. Esta categoría está, según el autor, más próxima al concepto de coacción recíproca y no a los de poder o control. Tal relación genera un continuo recíproco de dominio y dominación ejercido en distintos grados. La interdependencia nos invita al entendimiento social en términos históricos, y la categoría de figuración, en general, es un valioso enlace de la sociología histórica aplicado teórica y metodológicamente al centro del análisis de Elias: el proceso de la civilización.

LA INDIVIDUALIZACIÓN COMO PROCESO SOCIAL.

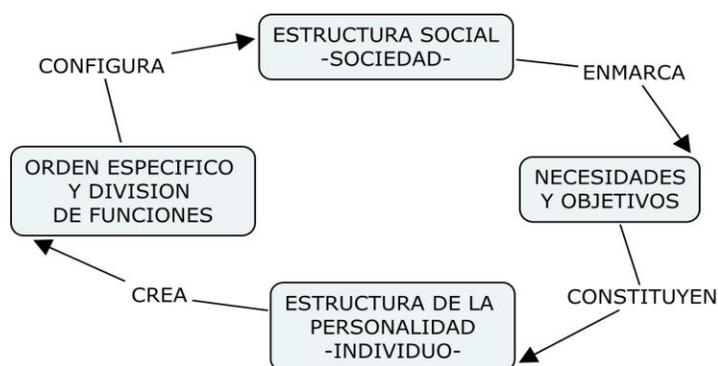
Antes de examinar la concepción de Elias sobre el proceso civilizatorio resulta imprescindible analizar su propuesta teórica en torno a lo que él reconoce como proceso de construcción del

individuo dentro (y en relación a) un tipo específico de sociedad, como la moderna, entendido bajo el cual no es consecuente seguir argumentando la polarización individuo – sociedad, sino por el contrario ver cómo estos se articulan. La idea es ver esta articulación como un proceso histórico que no puede entenderse como esquema natural del ser humano sino en su carácter de especificidad y correspondencia al esquema planteado como modernidad. Así, el autor parte de la insuficiencia de las categorías y los modelos mentales comúnmente usados para pensar al individuo y a la sociedad, ya que estos se enmarcan en la creencia de un distanciamiento dicotómico entre estos. En sus palabras,

Antítesis como “naturaleza” y “sociedad” o “individuo” y “sociedad” y todo el conjunto de problemas que descansan sobre la idea de que en el “interior” del “individuo” hay algo que es expresión de su “naturaleza” y se opone a un “mundo exterior” social, que no es “natural”, son en general cautivadoras por su simplicidad; se corresponden con valoraciones a las que estamos familiarizados, y para muchas personas de nuestro tiempo poseen una especie de verdad emocional que puede parecer muy convincente. (Elias, “La sociedad” 163)

Para Elias no hay tal alejamiento entre individuo y sociedad, sino un tipo específico de orden social que fundamenta (o se fundamenta) en la individualización. Así, a pesar de que el ser humano pueda llegar a sentir que la sociedad es una fuerza opresora externa que le impide realizar sus aspiraciones, estas, representadas en formas específicas de satisfacción o insatisfacción, realización o fracaso, alegría o desdicha, son un producto característico de su sociedad. Para entender la medida en la cual el individuo es sociedad, hay que tener en cuenta la construcción tanto de individualización como de sociedad, esto es, de civilización, como un proceso. Elias dice que la civilización es una larga y constante construcción de individualidad como categoría que recoge el arsenal de atributos que requiere el hombre moderno. Es muy importante que “dejemos de considerar como algo estático y eterno aquellas características humanas a las que se intenta aludir mediante palabras como “previsión”, “entendimiento”, “civilización”, “individualidad”, y para que, en lugar de ello, empecemos a entenderlas como algo que se hace, como aspectos de un proceso” (Elias, “La sociedad” 164).

En tal orden de ideas, serían características de la individualización moderna tanto “el mayor margen de elección y responsabilidad que [se] concede al individuo” como “el deseo de independencia personal como elemento del ‘yo’ ideal” (Elias, “La sociedad” 167). La individualización moderna tiene como uno de sus componentes la búsqueda humana de diferenciación; enmarcada en la necesidad de especialización que requiere su ubicación como elemento funcional de una estructura productiva industrializada. Esta diferenciación/distinción conduce a cierta búsqueda/posibilidad de aislamiento, y a un afán competitivo por sentirse diferente. No hay dicotomía individuo-sociedad puesto que las “necesidades y objetivos individuales” que constituyen la esencia del ser, se crean dentro de una “convivencia social”, se enmarcan en ella. Son la sociedad en el individuo. A su vez, la sociedad es individuo en tanto que estos la articulan funcionalmente. Tal relación de interdependencia podría expresarse gráficamente de la siguiente forma:



En síntesis, nos autoconfiguramos (desde la sociedad) para cumplir un papel y función dentro de la sociedad. Todo esto genera la tensión entre querer diferenciarse pero a la vez buscar pertenecer (diferenciación/distinción individual). Sentir la necesidad de elegir “por y para uno mismo” frente a la imposibilidad de hacerlo. La individualización podría ser vista como correspondiente a un proceso de autocoerción, autocontrol o autorregulación (en la medida en que entiendo que yo soy sociedad). De esta forma, Elias postula conceptualmente lo que será el presu-

puesto básico de su teoría del proceso civilizatorio como perspectiva básica y amplia del entendimiento de la construcción del continuo individuo-sociedad.

EL PROCESO CIVILIZATORIO

La principal obra de Norbert Elias fue presentada por su autor como una investigación fundamentada en el estudio de aquellas formas de comportamiento humano que han alcanzado el carácter de típicas, desplegadas por quienes pueden llegar a referirse como civilizados en el mundo occidental (Elias, “El proceso” 47). El autor clarifica que su intención es establecer los términos que llevaron a que la sociedad medieval europea mutara su forma organizativa hacia una “sociedad más o menos pacificada hacia el interior y armada hacia el exterior, a la que llamamos Estado” (Elias, “El proceso” 50). Identifica de esta manera la imposibilidad de un análisis sociológico en términos estáticos, ya que la formación del Estado, como proceso histórico, responde a una serie de mecanismos que interactúan dentro de una dinámica de tensiones compleja. Elias se pregunta cuáles fueron aquellos “entramados sociales (...) que presionan aquí para conseguir la integración de territorios cada vez más extensos bajo un aparato de dominación relativamente estable y centralizado” (Elias, “El proceso” 50). Tras este cuestionamiento no hay otra cosa que la pregunta por la “sociogénesis” del Estado. Y la respuesta se establece en dirección al reconocimiento de un monopolio del uso de la violencia que privilegia la centralización y los instrumentos de coerción, pero que no es presentado como factor unicausal sino que entra en constante relación con la dinámica de los hábitos de vida de los individuos, ya que “el núcleo de la teoría [del proceso de la civilización] está en la asignación de una relación entre los cambios en el comportamiento individual y los cambios en la estructura social” (Goudsblom 46). En otras palabras, se busca subrayar la vital importancia de estimar la conectividad presente entre las estructuras psicológicas individuales y las estructuras sociales dentro de los procesos de civilización, como respuesta a un largo recorrido de circunstancias históricas, y del que se puede tener idea a través del análisis de formas sencillas del comportamiento cotidiano de los individuos. Para Elias, “los procesos de civilización se están dando donde el autocontrol se va haciendo más extenso, donde

éste va abarcando a todos los tipos de relaciones de modo más uniforme y más estable” (Spier 261). En sus palabras,

El bosquejo provisional de una teoría de la civilización comprende igualmente un modelo de las relaciones posibles entre el cambio a largo plazo de las estructuras individuales de los hombres (...) y el cambio a largo plazo de las composiciones que construyen los hombres en la dirección de un grado superior de diferenciación e integración; esto es, por ejemplo, en el sentido de una diferenciación y prolongación de las líneas de interdependencia y de una consolidación de los controles estatales. (Elias, “El proceso” 11)

Para este autor resulta absolutamente imprescindible mantener una perspectiva analítica de la sociedad que conjugue permanentemente las dimensiones individuales y colectivas de la transformación social. Este tipo de perspectiva entraña de por sí un necesario reposicionamiento conceptual frente a la figura del Estado como fundamento moderno de la organización social. En tal sentido, Elias propone una reconceptualización de lo estatal partiendo del espectro individual como uno de los vectores de su configuración.²

EL ESTADO DE LOS INDIVIDUOS

Como se ha expresado, la perspectiva “moderna” privilegia como la forma de organización social por excelencia al Estado, y así, las distintas disciplinas sociales han examinado sus particularidades en aras de definirlo. Sin limitarnos por las restricciones propias de dichas miradas, pueden reconocerse dos perspectivas generalmente aceptadas en relación a la concepción del Estado: la liberal y la llamada marxista. Por muy distintos que sean estos enfoques bien pueden llevarse a coincidir en algunos aspectos. Estos serían, primero, la concurrencia de una visión coyuntural del fenómeno estatal, esto es, su abordaje analítico como estructura dada y prácticamente ahistórica, entendible desde el esclarecimiento de su funcionamiento, en detrimento de una perspectiva procesal que dé cuenta de toda dinámica de transformación social que significó su consolidación.

² Para un análisis más detallado de los procesos de construcción estatal y su relación con el fenómeno nacional, véase Elias, “Los procesos de formación del Estado”.

Para ambos enfoques, liberal y marxista, el Estado prácticamente “aparece” en un momento específico. Esta idea es señalada como ahistórica no porque signifique el desconocimiento de un contexto histórico particular que modela las especificidades estatales, sino porque relega el análisis del proceso que hace posible todo cambio social.

Otra coincidencia, que tiene mucha relación con el sometimiento de lo procesal por lo coyuntural, se reconoce en la “voluntariedad” que se distingue dentro la conformación estatal. Ya sean acuerdos generales o conciertos de clase, el Estado parece surgir como resultado cierto y directo de las intenciones de personas que se propusieron tal fin. Por último, y a pesar de la voluntariedad del fenómeno, ambas concepciones concurren en el entendimiento del Estado como una “realidad exterior” a los sujetos mismos, que constituye ese marco de “condicionamientos sociales” a los que todos estamos sujetos. El Estado se supone por fuera de la sociedad, ya sea porque está en contra de ella, como aparato de dominación, o porque está por encima de ésta, en su calidad de ente supremo, garante único de un supuesto orden natural.

Bajo estos presupuestos, se torna especialmente pertinente la perspectiva de Elias al considerar que la organización estatal es un tipo de integración de las personas que, efectivamente, en la actualidad reconoce ciertos rasgos distintivos comunes, pero que no por ello puede entenderse como una “realidad dada”, que se presuponga a los individuos que, de una u otra forma, lo constituyen. Al ver al Estado como una organización social (y no como un “ente supremo”) se traslada el eje problemático referente a su génesis de la búsqueda del factor decisivo en la formación de este ente, al cuestionamiento sobre las especificidades de las interacciones sociales que concluyeron en su preeminencia como modelo de integración social. En otras palabras, se traslada la pregunta de ¿qué es el Estado? a ¿cómo se modificó la estructuración social hasta llegar a su configuración? Para el autor, no es posible entender lo social como una exterioridad contrapuesta a lo individual (que sería “lo interior”), por el contrario, la individualidad sólo es posible como configuración histórica dentro de un contexto de interrelaciones específicas. Estas interrelaciones a su vez generan la sociedad, entendida como “contexto de funciones” de los individuos entre sí. De esta manera, Elias trasciende el análisis sociológico en términos estáticos, toda vez

que reconoce la “realidad social” como un proceso histórico que responde a una serie de mecanismos que interactúan dentro de una dinámica de tensiones compleja y variable.

Estos mecanismos o interrelaciones definen un proceso que Elias disecciona teóricamente en dos momentos: la psicogénesis y la sociogénesis. Sin embargo, sólo entendiendo el desarrollo paralelo de estas dos variables puede dimensionarse la propuesta que el autor define como “teoría de la civilización”, y que sustenta la idea de relacionar la formación del Estado con la regulación de las individualidades (y viceversa). Este proceso de civilización tiene como punto de partida un proceso psicológico de distinción, y la correspondiente relegación, entre sectores sociales que, al tiempo, experimentan la novedad social que trae consigo el aumento de la división funcional y la transformación de las economías naturales en unas monetarizadas. Fenómenos como la especialización funcional, la competencia, los cánones de productividad, la elevación de niveles de vida con la consecuente y creciente sectorización social, se corresponden plenamente con la asimilación de los códigos de los sectores que gozan de mayor prestigio y la dominación que estos empiezan a ejercer mediante una estricta modelación del comportamiento y la regulación de las costumbres.

Todo este proceso, en principio definido como de distinción, pero enmarcado en una sociedad que se hace cada vez más basta y compleja (en razón a los niveles de intercambio que se requieren para poder desarrollarse psíquica y socialmente) genera el crecimiento de ciertas interdependencias o dependencias funcionales que actúan como nudos o imbricaciones que sujetan a los individuos en la consolidación del entramado social que constituyen y al que pertenecen. Este aumento de las interdependencias sociales, dado a su vez dentro del crecimiento de las luchas sociales de distinción y exclusión, propician la competencia por la concentración de la fuerza física como recurso de poder, como medio de escalamiento social. Dicha competencia se va limitando por los triunfos alcanzados por ciertos sectores que definen la formación de entes especializados o monopolios de control sobre estos recursos. El perfeccionamiento de este monopolio se encadena con la consecución de recursos económicos que significa el poder recaudador tributario, potestad que a la vez se fortalece gracias al monopolio del uso de la fuerza, y estos elementos conducen a la centralización social, como piedra angular de la conformación estatal.

La perspectiva de Elias al reconocer el Estado como una forma particular e histórica de ordenación social va más allá del Estado-monopolio, toda vez que, en la búsqueda del “cómo” de su conformación, la propuesta se extiende al entendimiento del Estado en su calidad de “expresión de las condiciones de interdependencia” dadas en la sociedad, y a su vez, la sociedad aparece como un “contexto de funciones interpersonales” (Elias, “La sociedad” 31), esto es, como un entramado de interdependencias. No se pretende con esto desconocer la importancia de los monopolios fiscales y militares como entes centrales, sino esclarecer que estas figuras de lo estatal sólo son predicables en función a un marco específico de relaciones sociales o, como diría Elias, “en razón de una necesidad determinada de las estructuras de relaciones, de los intereses y acciones en un denso entramado” (“El proceso” 444). Así, la consolidación del Estado no sólo es un proceso social e histórico, sino que es un proceso íntimamente relacionado con las transformaciones de los sujetos, esto es, con los cambios que sufren sus costumbres de comportamiento y, por ende, de convivencia. El proceso de formación del monopolio de la violencia es la dimensión social del proceso de modelación de los impulsos y afectos humanos. Es, en otras palabras, el proceso de configuración de esquemas de comportamiento integrados en los hombres bajo la forma de escrúpulos y miedos. Estas formas de coacción se corresponden perfectamente con la centralización del uso de la fuerza en una sociedad cada vez más interdependiente, toda vez que estas relaciones de interdependencia son consecuencia de mayores niveles de interrelación en un marco de diferenciación y lucha en el cual, por la fuerza misma de estas interdependencias, el comportamiento impulsivo de los hombres debe ser controlado y con ello la violencia erradicada de las relaciones sociales mediante su monopolización por parte de entes especializados. Sin embargo, el control de la violencia sólo puede ejercerse de forma monopolista, es decir, sin propagar más violencia, mediante el perfeccionamiento de los niveles de control individual, esto es, gracias a la modelación de las coacciones como autoacciones, ya que en definitiva, las coacciones son controles sociales que los hombres ejercen “entre sí y sobre sí mismos” (Elias, “Sociología” 21). Al mismo tiempo, la centralización del uso de la fuerza sólo es posible cuando existen sujetos fuerte y permanentemente autoaccionados cuyas interdependencias son desarrolladas dentro de unas sociedades cada vez más complejas y diferenciadas en las cuales las luchas y tensiones generadas por la amenaza que representan los otros sectores para la existencia

social propia consolidan un equilibrio social para el cual se requiere un poder central que garantice cierta estabilidad en los términos de no permitir el desequilibrio en provecho de nadie. El poder central genera cohesión y seguridad en los individuos en la misma medida en que estos mismos individuos se autocoaccionan para otorgar la estabilidad que requiere el orden centralizado estatal.³ La interiorización de los controles o coacciones como autocoacciones significa una especialización en el ejercicio de la dominación que, junto a la permanencia del monopolio del uso de la fuerza por parte del poder central, direccionan finalmente el proceso hacia la constitución de Estados (Elias, “El proceso” 345).

La interiorización de las coacciones sociales en la forma de autocoacciones individuales, como instancia definitiva de la centralización del poder, es directamente proporcional con la creciente superioridad que adquiere el Estado, superioridad que conlleva a la presión constante sobre el individuo. Esta “presencia” del Estado se perfecciona mediante la “mediatización” del uso de la violencia física en formas de poder simbólico que son más fácilmente interiorizadas por los individuos desde su infancia. La monopolización de la violencia es a la vez su utilización simbólica, esto es, una violencia que no es directa y físicamente ejercida sobre los individuos sino que resulta aceptada internamente como instancia de control.

A MODO DE CONCLUSIÓN.

Como ha intentado señalarse, el valioso aporte que representa la perspectiva eliasiana para un análisis sociohistórico parte del entendimiento de una idea procesual del Estado según la cual éste puede definirse como una red específica de interdependencias. Esta perspectiva logra, por

³ Dice Elias que “lo que se establece con el monopolio de la violencia en los ámbitos pacificados es otro tipo de autodominación o de autocoacción. Es un autodomínio desapasionado. El aparato de control y de vigilancia en la sociedad se corresponde con el aparato de control que se constituye en el espíritu del individuo. El segundo, al igual que el primero, trata de someter a una regulación estricta la totalidad del comportamiento y el conjunto de las pasiones. Los dos –el uno, en buena parte, por intermedio del otro- ejercen una presión continua y regular para conseguir la represión de las manifestaciones afectivas y tratan de paliar las oscilaciones extremas en el comportamiento y en las manifestaciones afectivas”. (“El proceso” 458)

una parte, vincular al Estado con el individuo, en términos de la destrucción que hace de la dicotomía individuo-sociedad, bajo el entendido de que la caracterización que consolida al ser humano como tal, como ser individual, sólo es posible y adquiere su forma específica dentro del contexto específico de las relaciones con otros. Al mismo tiempo, al ubicar las dependencias sociales en el entramado de entrelazamientos e imbricaciones que configuran la sociedad, se supera la visión voluntarista de la historia, bajo la cual ciertas intenciones individuales son explicaciones suficientes para entender el devenir histórico y, en ese mismo sentido, se trasciende la idea del Estado como resultado cierto o premeditado, ya sea de la “artificialidad” de las intenciones de ciertos sectores sociales, o de la “naturalidad” de los designios de leyes supremas. No quiere decir esto que las intenciones o voluntades humanas sean deseos intrascendentes o absolutamente ambiguos e inconducentes a fin alguno. De lo que se trata es de establecer que estas intenciones no son objeto de una materialización plena o directa, sino que se mezclan con el complejo de intenciones sociales que permean el entramado y que definen los direccionamientos del mismo. Este proceso recibe la denominación de “proceso de la civilización”, como transformación histórica de largo plazo en la cual la moderación de los sentimientos y la restricción de los impulsos que definen el comportamiento individual, a partir de los controles propios de la interacción con los otros, es consecuente con un tipo específico de estructuración social que, a partir de la división de funciones, desencadena la consolidación de un poder central como modelo organizativo típico de “occidente”, que permite controlar esos impulsos y emociones individuales gracias a la reciprocidad social que adquieren los controles, solo así puede entenderse el Estado y su proceso de formación como un Estado de los individuos.

Sin embargo, más que en un objeto específico de estudio, el aporte del trabajo intelectual de Norbert Elias está en la integralidad metodológica de un tema que se aborda contemplando la interrelacionalidad que va desde la conformación de los Estados y las estructuras sociales hasta la transmutación cultural y psíquica del ser humano. Tal conjugación en el tratamiento histórico de lo micro y lo macro posibilita que el estudio de prácticas culturales que en principio podrían verse destinadas al aislamiento histórico-científico puedan ser vinculadas, con la importancia que merecen, a su contexto social, político y económico. En este orden de ideas, se debe rescatar

también el tratamiento de los fenómenos cotidianos como “indicios del progresivo disciplinamiento psíquico relacionado con los procesos de formación interna del Estado” (Kocka 93). Esta postura supera la visión anecdótica, y en cierto punto, despectiva con que la científicidad ortodoxa evalúa la cotidianidad humana, que le resta conexión con los grandes procesos de transformación social. “De Elias podemos aprender como entrelazar las historias pequeñas y las grandes, la historia de lo cotidiano y las experiencias de la historia de las estructuras y procesos, bajo planteamientos trascendentes, nada triviales” (Kocka 97).

Como se había mencionado, el aporte científico social de Norbert Elias ha resultado desplegado en una pluralidad de textos que dialogan entre sí y conforman la complementariedad de su obra. Entre ellos podemos destacar, además del ya mencionado “*El proceso de la civilización*” (cuya más reciente reimpression fue hecha en 2012), *La sociedad cortesana*, *Sociología fundamental*, *Deporte y ocio en el proceso de la civilización* (en colaboración con Eric Dunning), *La soledad de los moribundos*, *Humana conditio. Consideraciones en torno a la evolución de la humanidad*, *Sobre el tiempo*, *La sociedad de los individuos* y *Compromiso y distanciamiento*, entre otros.

Encuentro pertinente referir finalmente el aporte de Elias como ejemplo de constancia investigativa y de ánimo innovador. Él proyectó su obra como una “ilustración”, que convirtiera al ser humano en un sujeto que entiende y reflexiona sobre su presente y pasada realidad. Elias estimaba que el grado de conocimiento de los hombres en relación a las ciencias sociales era directamente proporcional al nivel de control que se podía adquirir sobre los procesos sociales, y en el ámbito de lo estatal es donde esto se hace mayormente evidente (Elias, “¿Cómo pueden...?” 28).

BIBLIOGRAFÍA

Bejár, Helena. "Norbert Elias, retrato de un marginado". *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* 65 (1994).

Elias, Norbert. *El Proceso de la Civilización. Investigaciones Sociogenéticas y Psicogenéticas*. México: Fondo de Cultura Económica, 1989.

- - -. *La sociedad de los individuos*. Barcelona: Península, 1990.

- - -. *Sociología fundamental*. Barcelona: Gedisa, 1995.

- - - "¿Cómo pueden las utopías científicas y literarias influir sobre el futuro?". *Figuraciones en proceso: memorias / Simposio Norbert Elias y las Ciencias Sociales hacia Finales del Siglo XX*. Comp. Vera Weiler. Bogotá: Fundación Social, 1998.

- - -. "Los procesos de formación del Estado y construcción de la nación". *Revista Historia y Sociedad - Universidad Nacional de Medellín* 5 (1998).

Goudsblom, Johan. "La teoría de la civilización: crítica y perspectiva". *Figuraciones en proceso: memorias / Simposio Norbert Elias y las Ciencias Sociales hacia Finales del Siglo XX*. Comp. Vera Weiler. Bogotá: Fundación Social, 1998.

Kocka, Jurgen. "Norbert Elias desde el punto de vista de un historiador". *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* 65 (1994).

Ramos, Ramón. "Del aprendiz de brujo a la escalada reflexiva: el problema de la historia en la sociología de Norbert Elias". *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* 65 (1994).

Spier, Fred. "La teoría del proceso de la civilización de Norbert Elias nuevamente en discusión. Una exploración de la emergente sociología de los regímenes". *Figuraciones en proceso: memorias / Simposio Norbert Elias y las Ciencias Sociales hacia Finales del Siglo XX*. Comp. Vera Weiler. Bogotá: Fundación Social, 1998.